

cuya parte metiendo en cuenta muchos artículos de costo y primor que voluntariamente le cedió al ejército, excedía con mucho al quinto que legítimamente le pertenecía.¹ Sin embargo, los aztecas debían ser dueños de tesoros mucho más cuantiosos, con solo que conservasen los restos de lo quitado á los españoles la noche triste. Parte de los despojos había sido enviada fuera de la capital; parte, gastada en los preparativos de defensa; y finalmente, parte, y la más considerable habría sido enterrada bajo la tierra ó echada á las aguas. Las amenazas que hicieron no fueron fingidas, y por lo menos tuvieron el placer de dejar burlada la codicia de los invasores.

Cortés juzgó que ya no necesitaba de los aliados: reunió á los gefes de los diferentes escuadrones, les dió las gracias por sus servicios, encomió mucho su valor en términos lisongeros, y después de distribuir entre ellos algunos regalos, les aseguró que su señor el emperador daría después más amplia recompensa á sus servicios, y les mandó á sus casas. Llevaban gran cantidad de despojos, aunque no de los codiciados de los españoles, y volvieron en triunfo; [triumfo efímero!] llenos de placer por el buen exi-

¹ Relac. Terc., pág. 201. Oviedo entra en ciertos pormenores acerca del valor del tesoro y especialmente del real quinto, á lo que después tendré ocasion de referirme. Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 31.

o de su expedición y por la caída de la monarquía, azteca.

Grande fué también la satisfacción de los españoles al ver terminada tan larga y fatigosa campaña si bien es cierto que les desagradaba ver el poco valor de los despojos; pero el soldado se ocupa demasiado en el día de hoy para pensar en el de mañana, de suerte que aunque se quejaban ahora más que nunca de la poca recompensa, pensaban únicamente en su triunfo y se entregaban al festejo. Cortés celebró la victoria con un banquete tan suntuoso como las circunstancias lo permitían, al cual convidó á todos los hidalgos y oficiales. El festín fué tan completo y largo que llegó á exitar las reprensiones del padre Olmedo, quien le manifestó que no era aquel el modo más conveniente de dar gracias á Altísimo por sus mercedes. Cortés, aunque conoció la justicia de la reconvención, creyó que á la hora de la victoria debía ser indulgente con la licencia de los soldados. El día siguiente fué el designado para celebrar el triunfo de una manera más conveniente.

Formóse una procesión de todo el ejército presidida por el padre Olmedo. Las sucias y desgarradas banderas de Castilla que habían ondeado en tantos campos de batalla, ahora daban su sombra á las pacíficas filas de los castellanos que se movían á paso lento rezando la letanía y ostentaban la imagen de

la Santísima Virgen, símbolo de la redención humana. El sacerdote pronunció un discurso en que recordaba brevemente los justos motivos que tenían los españoles para dar gracias á la Providencia Divina por haberlos sacado victoriosos de tan larga y peligrosa expedición; en seguida insistió en la grave responsabilidad que les hacia reportar su situación presente, y les suplicó que no abusasen de la victoria ni tratasen á los indios con crueldad. Administró en seguida la comunión al general en jefe, y concluida la misa rindió solemne acción de gracias al Señor de los Ejércitos, por haber permitido que la bandera de la Cruz, ondease vencedora en aquel bárbaro imperio. ¹

De esta suerte, después de un cerco de tres meses, sin igual en la historia por la constancia y valor de los sitiados, y al que pocos aventajan por lo que hace á lo terrible de sus padecimientos, sucumbió la celebrada capital del imperio azteca. Sin igual por la constancia y el valor, sea dicho con verdad, porque aunque durante todo el sitio tuvieron abierta la puerta para celebrar la mas honrosa capitulación, siempre la desecharon altivamente, y hasta el último hombre prefirió la muerte mas bien que ren-

1 Herrera, Hist. General, dec. 3, lib. 2, cap. 8. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 156. Sahagun, Hist. de Nueva-España, M. S., lib. 12, cap. 42. Oviedo, Hist. de las Ind., M. S., lib. 33 cap. 30. Ixtlilxochilt, Venida de los españoles, págs., 151, 152

dirse. Mas de tres centurias habian pasado desde que los aztecas, tribu errante y miserable habia venido del lejano septentrion y habia asentado en la mesa central. Allí edificaron sus humildes chozas, segun nos refiere la tradicion, en el sitio designado por el oráculo. A fuerza de conquistas arrojaron á sus vecinos, cubrieron todo el valle, hasta que salvando las montañas que lo cificen se esparcieron por toda la estension de la mesa, bajaron su encumbra da falda y llegaron hasta los remotos confines de la América Central. Su capital, oscura y miserable al principio, prosperaba al paso de la victoria y ensanchándose y embelleciéndose cada dia mas y mas llegó á ser una ciudad floreciente, llena de edificios notables, de monumentos de las bellas artes, y ocupada por populosos habitantes que la elevaron al lugar preeminente entre las demas del Nuevo-Mundo. ¡En tal situación llega del lejano Oriente una raza nueva, tan estraña como los mismos aztecas y predicha por sus oráculos; aparece en el centro del imperio: lo ataca cuando estaba en el apogeo de su prosperidad y de su gloria; y lo hace desaparecer para siempre del número de las naciones! Tales maravillas parecen mas bien pertenecer á la fábula que á la historia; parece que son una novela; un cuento de hechiceros y encantadores!

Mas no lamentamos la caída de un imperio que tan poco hacia en pró de sus súbditos y de toda la hu-

manidad. No obstante el lustre de los últimos tiempos de su historia, y la fama que les han ganado la gloriosa defensa de su capital, la culta munificencia de Moteuczoma y el indómito heroísmo de Cuauhtemotzin, los aztecas eran una raza feroz y brutal, poco á propósito para excitar nuestras simpatías y respeto. Su civilizacion, la que les hemos conocido, acaso no era suya propia, sino débil reflejo de la de otra raza que les habia precedido. Esa civilizacion era con respecto á los aztecas, un buen ingerto en mal tronco, y nunca habria dado frutos perfectos. Gobernaban sus estensos dominios con la espada y no con el cetro: nada hicieron por promover la condicion abyecta de sus vasallos: estos se encontraban reducidos á la clase de siervos sin mas oficio que proporcionar á sus amos contentamiento y placeres; sojuzgados por el temor de las armas; agobiados bajo el peso de las gavelas en la paz, y de las conscripciones en la guerra: ellos, que en lo estenso de sus conquistas se asemejaban á los romanos, no entendian como estos á sus súbditos los derechos de la ciudadanía; no amalgamaban á todos los pueblos sojuzgados en una sola nacion con derechos é intereses comunes, sino que por el contrario, tenian por bárbaros y estraños, aun á aquellos mismos que estaban dentro del valle y á las puertas de la metrópoli: ésta, el corazon de la vasta monarquía, no tenia simpatía ninguna con el resto del cuerpo políti-

co, y era estrangera dentro de sus propios dominios.

Los aztecos no solamente no fomentaban el adelantamiento de sus vasallos, sino que hasta cierto punto los degradaban. ¿Cómo podia una nacion progresar en el camino de la civilizacion, si se entregaba á sacrificios humanos y ademas de esto era antropófaga? Cómo se habia de ver por los intereses de la humanidad en un pueblo donde el hombre era nivelado con el bruto? La influencia de los aztecas propagó su horrible supersticion á paises en que era desconocida, ó en que por lo menos no prevalecia en todo su vigor. El ejemplo de la capital era contagioso: conforme fué creciendo en opulencia, las bárbaras ceremonias de la religion fueron creciendo tambien en pompa y terrible grandeza; á la manera que los juegos gladiatorios en Roma, fueron siendo cada vez mas espléndidos conforme crecia en esplendor la capital. Los hombres se habituaban con escenas sangrientas y con las mas horrendas ceremonias. El corazon se encallecia, las costumbres se volvian feroces y la débil luz de la civilizacion heredada de una raza mansa y pacífica, se debilitaba mas y mas, mientras mas millones de víctimas eran encadenadas en las jaulas, inmoladas en los altares y devoradas en los banquetes. ¡Toda la tierra se habia convertido en una hecatombe! Ya

se vé, por lo tanto, que el imperio de los aztecas no cayó antes de tiempo.

Fuese que tan desmesuradas crueldades se tuviesen como justo título para invadir la tierra; fuese que, discuriendo con los protestantes, encontremos ese título en los ultrajados derechos de la civilización; fuese que con los católicos romanos, lo encontremos en la voluntad del Papa, es inútil discutir bajo qué aspecto se defendía la legitimidad de la conquista por las naciones europeas ya en Oriente, ya en Occidente, pues lo hemos hecho ver en uno de los capítulos anteriores.

Es todavía mas interesante investigar si, dando por sentada la legitimidad de la conquista, fué hecha con arreglo á los principios de humanidad, y entonces veremos que por mucha indulgencia que se tenga con la ferocidad de aquellos siglos y con la relajacion de sus costumbres, cualquiera español que ame á su patria querría de buena gana borrar ciertas páginas de la historia de la conquista de México; páginas en que se recuerdan crímenes que no se pueden justificar ni con el derecho de defensa ni con la necesidad, y que por lo mismo serán una mancha indeleble. Sin embargo, considerada en su conjunto, desde la invasion hasta la toma de la capital, se verá que la conquista de México fué llevada espectivamente con poca inhumanidad, tal v ez

con menos que ninguna otra de las que hicieron los españoles en el nuevo mundo.

Poca alabanza me parece, decir que los compañeros de Cortés no usaron de crueldad para rendir á sus miserables víctimas como sucedió en otras partes del continente, ni esterminaron á una pacífica y sumisa poblacion, por mera crueldad absolutamente inútil, como sucedió en la Islas. Es verdad tambien que no estaban contagiados de los feroces sentimientos de su siglo, y que su espada no se manchaba con sangre sino cuando era estrictamente indispensable para asegurar el éxito de la empresa. Aun en el último sitio de la capital por muy terrible que haya sido, no se puede acusar á los vencedores de desusada crueldad; no han gastado mas que la que su propia nacion ha recibido de otras bastantes cultas, no solo en los tiempos antiguos, sino en los modernos. Esos desmaes son la consecuencia que inevitablemente se sigue de la guerra, cuando en vez de quedarse esta confinada en su legítimo campo, se estiende á la parte pacífica de la sociedad, á los campesinos no acostumbrados á las armas, y á las mugeres y niños aun todavía mas indefensos.

En el presente caso gran parte de los crueles trabajos que pasaron los sitiados, puede imputárseles á ellos mismos, á su patriótica y desesperada resistencia. Ciertamente que no entraba en los deseos ni en los intereses de los españoles arrasar la ciudda

ni esterminar á sus habitantes; y léjos de esto, cuando cayeron prisioneros algunos de estos, se les trató afablemente, se cubrieron sus necesidades y se trató de infundirles un espíritu de conciliacion, y todo esto no obstante la negra suerte que ellos reservaban á los cautivos cristianos. Las puertas de la capitulacion les estuvieron abiertas á los aztecas, siempre, hasta el último momento del sitio.

El derecho de conquista supone necesariamente el de usar de toda la violencia necesaria para vencer las resistencias que se opongan á ese derecho, y ciertamente que si los españoles hubiesen procedido de otra suerte, habrían tenido que abandonar la toma de la capital y la sujecion de todo el país. Haber permitido que se escapasen los moradores de la capital y su intrépido monarca, habria sido prolongar los males de la guerra llevándola á otro nuevo teatro, tal vez mas inaccesible; de suerte que ellos realmente no tenían otra cosa que hacer si querian que la empresa no se malograra. Si bien se aterra la imaginacion al pensar en todos los horrores de la conquista, debemos reflexionar por otra parte, que esto es lo que sucede siempre que se chocan dos grandes masas. Lo excesivo de la crueldad de los conquistadores no puede medirse por lo excesivo de los padecimientos del pueblo invadido, y aun es de justicia decir: que el brillo y la importancia de las hazañas heroicas de los conquistadores de México

ha adquirido cierta triste celebridad que ha realzado sus yerros y crímenes, aun mas de lo que era debido.

Es justo, pues, como tantas veces lo hemos establecido, que aunque no escusemos sus excesos, juzguemos imparcialmente su conducta comparándola con la de otras naciones en igualdad de circunstancias, y que no la veamos solamente al traves de los males que la guerra trae consigo inseparablemente ¹ Mas no corramos un velo sobre esos males, porque el historiador no tiene por qué retraerse de pintar con sus verdaderos colores las atrocidades de aquellos cuyos triunfos quiere circundar con una aureola de falsa gloria; pero que rompiendo los vínculos de la confraternidad, han alcanzado sus triunfos arman-

1. Nadie ha detractado tanto á los conquistadores, como sus descendientes los actuales mexicanos. Bustamante, el editor de Ixtlilxochitl, concluye una animada invectiva contra los invasores, proponiendo que en el sitio donde fué cogido Cuauhtémotzin, que ahora es tierra firme, se erija un monumento que como lo dice la inscripcion misma entregue la odiosa memoria de estos bandidos á la execracion universal. (Venida de los españoles, pág. 52, nota.) Cualquiera supondria que en las venas del indignado editor y en las de sus compatriotas, corre sangre azteca pura y no contaminada con sangre castellana; ó por lo menos, que sus simpatías por la raza castellana, les habrán hecho apresurarse á reintegrar en sus antiguos derechos á los aborígenas. Pues sépase que no obstante estos raptos de generosa indignacion en que abundan los escritos de los autores mexicanos de nuestros dias, ni la revolucion de independencian, ni ninguno de sus numerosos *pronunciamientos* ha resultado en beneficio de los indios ni ha servido de que se les devuelva un solo palmo de su antiguo territorio.

do al hermano contra el hermano, embruteciendo al que ya era civilizado y encendiendo en el seno de los bárbaros, pasiones infernales.

Pero de cualquiera modo que se considere á la conquista bajo el aspecto moral, como proeza militar debe llenarnos de asombro. Que un puñado de aventureros armados y equipados de muy diversas maneras, hayan arribado á las playas de un imperio poderoso habitado por una raza feroz y belicosa, y que despreciando á las prohibiciones reiteradas del soberano, hayan penetrado hasta el corazon del país, sin conocer ni la lengua ni la tierra, sin guia ni brújula que los condujese, sin idea de las dificultades que tendrian que vencer, totalmente ignorantes de si el paso que iban á dar inmediatamente los pondria en tierra enemiga ó en un desierto, caminando en completa oscuridad por decirlo así; que aunque casi derrotados en su primer encuentro hayan osado penetrar en el interior del imperio y arrojarse sin vacilar en medio de los enemigos; que lejos de amedrentarse al ver el poderío y civilizacion de la nacion, se hayan confirmado en su primera resolucion; que hayan aprisionado al monarca y ejecutado á su presencia y á la del pueblo á sus ministros; que arrojados de las puertas de la ciudad, hayan reunido sus diseminados restos, y merced á un plan bien combinado de operaciones, hijo de la política y de la intrepidez, hayan logrado so-

juzgar á la capital y asentar su poder sobre todo el país; que todo esto se haya hecho por un puñado de desvalidos aventureros, es casi un milagro, que seria inverosímil si se contase en un romance, y que no tiene igual en la historia.

Sin embargo, esto no debe entenderse muy literalmente, porque seria una injusticia hecha á los aztecas, al menos por lo tocante á su fama militar, atribuir esclusivamente á los españoles el mérito de la conquista: para que esto fuera así seria necesario suponerlos armados del encantado escudo de Ruggiero y de la mágica lanza de Astolfo que derribaba de un solo bote á centenares. El Imperio Indio se puede decir que fué conquistado por indios. El primer encuentro terrible y sangriento entre españoles y tlaxcaltecas, que estuvo en el punto de causar la ruina de los primeros, no fué realmente sino el principio de sus victorias. Entonces se ganaron el poderoso apoyo de un aliado al que se refugiaron en la hora de la desgracia, y que sirvió de centro ó núcleo para reunir en rededor á todas las demas razas indígenas, y con las fuerzas confederadas preparar el golpe decisivo. El imperio azteca ha sido minado y derribado por mano de sus vasallos, dirigidos es cierto por la sagacidad y la política europea. Si ese imperio hubiese sido compacto, habria provocado y burlado el furor de los invasores, pero alg como estaba, se puede considerar que la capital

estaba disgregada del resto del imperio; así es que el golpe que recibió y que si la hubiese guarecido la lealtad y el patriotismo de todos no la habria conmovido, la sacudió tan violentamente que la derumbó completamente. Este suceso puede servir de prueba de que un gobierno que no descansa en las simpatías de sus súbditos no puede durar largo tiempo; de que las instituciones humanas, cuando no tienden á la prosperidad y bienestar de todos tienen de caer por precision, si no por efecto de los progresos de la civilizacion, por mano de la violencia; si no por causas internas, por esternas. ¡Y quién lamentará su caída?...

En los acontecimientos referidos en este libro termina la historia de la conquista de México por Solís; historia que bajo ciertos respectos es una de las mas notables que hay en la lengua castellana.

Don Antonio Solís nació de una familia respetable, en Octubre de 1610 en Alcalá de Henares, plantel de sabios, y ciudad cuyo nombre está asociado al de los españoles que mas se han ilustrado en todas las carreras. Siendo todavía joven Solís dió muestras de lo que seria con el tiempo, tanto por la viveza de su imaginacion, como por su gusto delicado por todo lo bello; pero sobre todo manifestó tener gran afición á la literatura dramática; y

á la edad de 17 años compuso una comedia que pudiera haber dado crédito á hombres de mas edad. Despues se dedicó con especialidad á los estudios éticos, razon por qué aun en las mas ligeras de sus composiciones abundan sentencias morales que dan á su estilo el carácter didáctico.

A la edad acostumbrada entró en la Universidad de Salamanca é hizo un curso de derecho civil y canónico. Pero la imaginacion viva de Solís se acomodaba mas á los desvaríos de las Musas, que á las áridas doctrinas de las escuelas, y produjo un gran número de piezas dramáticas muy estimadas por la riqueza de la dición y lo fino y delicado de su argumento. Seguramente que esta afición la fomentaria mucho la amistad que llevaba nuestro autor con el gran Calderon, al cual le hizo varias *loas* ó prólogos para sus comedias. Los modales afables y brillante reputacion de Solís le ganaron el favor del Conde de Oropeza, Virrey de Navarra, quien le nombró su secretario. Las epístolas que escribió en servicio de su patrono, y despues que se separó de él, han sido publicadas y se recomiendan por la suavidad y elegancia de a espresion, prendas características de todos los escritos de este autor.

La reputacion cada vez mayor de Solís le atrajo las miradas de la Corte, y en 1661 se le nombró secretario de la reina viuda, puesto que habia renunciado en tiempo de Felipe IV; y tambien se le hizo